



NOE CASADO

NO SÉ
QUIÉN ERES
Y ME DA IGUAL

Estoy rodeada de traidores.

Es duro asumirlo, sin embargo he llegado a esta conclusión después de verme sola.

Mi prometido se ha ido con otra y en vez de decírmelo a la cara, me manda un triste mensaje de voz tras abandonarme en un crucero de lujo en el que íbamos a desconectar y a disfrutar de tiempo para nosotros.

Mi empresa de moda se tambalea. Nunca pensé que, después de tanto esfuerzo, mis colaboradores, en los que había depositado toda mi confianza y a los que había pagado sueldos astronómicos, se pusieran de acuerdo en hacerme la puñeta.

La prensa especializada en moda me ha tachado de insulsa y fraude, así que no tengo ni ganas ni inspiración para salir a flote.

¿Qué puede hacer una mujer de cuarenta ante una situación así?

Ya os adelanto que buscarse un sustituto no funciona, también te puede traicionar.

Tampoco esconderse del mundo porque los problemas no desaparecen.

Y el resto de ideas son ilegales.

La muerte es la falta de inspiración.

YVES SAINT LAURENT

Capítulo 1

–«Es, con diferencia, una de las peores colecciones de moda que se ha presentado. Falta total de imaginación, Delizia nos ha vuelto a defraudar».

Inspiro hondo cuando mi jefa de prensa, Ágatha, me lee la entradilla de una noticia demoledora. Siempre lo hace de manera imperturbable. Sigue leyendo en su iPad.

–«Esperábamos mucho más de una marca que lleva en el mercado más de quince años y que se caracteriza por la innovación de sus diseños...»

La odio... por varias razones: porque es perfecta, se mantiene en la talla treinta y seis y ni siquiera a la vuelta de vacaciones o tras las Navidades ha engordado un gramo.

–«¿Dónde está el espíritu de una firma que dejó con la boca abierta al sector con sus diseños atrevidos? Delizia se ha aburguesado, va a lo seguro» –prosigue.

Rubia teñida. Nunca se deja las raíces descuidadas. No sé cuándo se las arregla, porque trabaja doce horas diarias. Controla las redes sociales de la empresa, los comunicados de prensa y un sinfín más de tareas, y no se le escapa nada.

–«Se aprecia un agotamiento creativo y también falta de calidad. Como en las dos anteriores colecciones, son muchos quienes se han percatado de ello. La deslocalización de sus talleres de confección les ha pasado factura...»

–Es suficiente –intervengo cuando se dispone a continuar con esta tortura.

Me froto las sienes; la cabeza me va a reventar, pese a que me he tomado dos ibuprofenos con el café; no me han hecho efecto.

–Delia, deberíamos revisar todos los comentarios para emitir una única nota de prensa –propone, siempre tan pragmática.

–Las críticas nos dejan a la altura del barro.

–En cada colección ocurre lo mismo; hay periodistas que dan caña porque sí.

–El problema es que tienen razón –replico, y me pongo en pie.

Mi despacho es el reflejo del éxito. Puedo pasearme a mis anchas, tengo una zona de descanso y, por supuesto, un pequeño estudio donde se supone que creo mis diseños.

–Siempre hay que intentar minimizar los daños. Si nos quedamos callados, será peor –me aconseja, y sé que es su trabajo.

«La odio», pienso, y sé que me repito.

Y no solo por el hecho de que sea perfecta. Treinta años. Uno setenta y cinco. Guapa, elegante y yo añadiría que asquerosamente eficiente y sincera conmigo. Ese es el motivo por el que la contratamos.

Cuando se presentó a la selección, creímos que venía a por un puesto de modelo; sin embargo, Ágatha, toda digna y, sí, altiva, nos dio en el morro con sus dos másteres obtenidos en la IEBS Business School; ahí es nada, uno en comunicación audiovisual y el otro... da igual. El caso es que terminó siendo la elegida para el puesto de *community manager*.

Yo la llamo Barbie apagafuegos, entre otras cosas.

Y no la aguanto.

–¿Podrías pedir que me suban algo de beber? –le requiero, sabedora de que no es mi secretaria; ahora bien, lo hago por jorobarla y, de paso, así me quedaré sola.

–Cómo no...

Mi jefa de prensa se dirige a la puerta, pero mi gozo en un pozo, porque entra Alberto, el director financiero o, como a él le gusta autodenominarse, el CFO de Delizia. Es de la misma quinta que Ágatha y, por supuesto, con un currículum impresionante. Otro fichaje.

–Tenemos que hablar –me dice él nada más saludar a Ágatha con un beso en la mejilla. Si no supiera que es gay, pensaría que están liados... aunque, pensándolo bien, no hace falta que follen para conspirar en mi contra.

Ágatha aprovecha para no cumplir mi mandato y se sienta frente a mí.

–Ya sé que tenemos que hablar –farfulto, cabreada, y me quito las gafas y las dejo caer de mala manera sobre el escritorio de cristal.

–Delia, acabo de mantener una conversación con el banco. La situación empeora –anuncia y, de verdad, su tono prosaico me enerva.

–Por favor –les ruego, frotándome las sienes de nuevo –. Las malas noticias, de una en una.

–Me temo que, por mucho que quiera complacerte, querida Delia, no va a ser posible. Mira las cifras.

Me entrega el iPad, donde veo un montón de números. Frunzo el ceño y le devuelvo el aparato.

–Hazme un resumen.

–Las ventas de la colección otoño-invierno han sido desastrosas –suelta sin anestesia–. Y, por las críticas de la que presentamos ayer, el tema no va a mejorar.

–¿Y qué explicación hay?

–Demasiadas devoluciones de los puntos de venta –aduce Alberto–. Por la baja calidad de las prendas.

–¡Os lo advertí! –estallo, sin contener la rabia.

Los miro con la clara intención de intimidarlos; sin embargo, estos niñatos son imperturbables. Se puede caer el edificio y ambos, nada, como si oyeran llover.

–Reducir los costes era necesario –se justifica él sin alzar la voz.

–Ya, claro, ¿y la mierda de las telas que compramos para confeccionar las dos últimas colecciones no tienen nada que ver?

–Está comprobado que un alto porcentaje de compradores lo hace por fidelidad a la marca –apunta Ágatha, y lo raro es que no me dé el porcentaje exacto.

–¿Quién va a pagar mil euros por un pantalón en cuya etiqueta pone «Made in China»? –les espeto.

–Repito que...

–Ágatha, te lo pido por favor, cállate –la interrumpo–. No dudo de tus conocimientos sobre economía y *marketing*; no obstante, la cuestión creativa la llevas bastante justita.

Tuerce ligeramente el gesto ante mis palabras, aunque no me rebate.

–Ya hablamos de ello en la reunión que mantuvimos el año pasado –me recuerda mi director financiero–. Si no recortábamos gastos, Delizia se iba a pique.

–Y se va a ir de todos modos –murmuro, dejándome caer en la silla–. Necesito un café.

Ágatha se levanta, se acerca a la zona de descanso de la que dispongo junto al despacho y se encarga de prepararlo. Sin preguntar, también sirve uno para Alberto y otro para ella. Confirmado, esos dos tienen algo.

–No si hacemos un buen recorte de gastos.

–¿Más todavía? –pregunto con retintín.

–El taller de costura que mantenemos para arreglar las prendas lo podríamos subcontratar y así ahorrarnos los sueldos fijos de las costureras...

–¿Lo dices en serio? –pregunto con incredulidad, mirando a Alberto.

–Por supuesto. No he realizado los cálculos exactos, pero sé que es una buena medida.

–Diseños aburridos, telas de baja calidad, costureras sin formación... Tu plan parece estupendo para reflotar nuestro prestigio –contesto con ironía.

Todo el trabajo de quince años se está yendo a la mierda delante de mis narices y todo por permitir que tipos como Alberto, que solo saben de números, tomen el control de mi empresa.

–Hay que ser prácticos –tercia Ágatha, siempre tan correcta.

¿He dicho ya que la odio?

–Y una mierda, prácticos –les suelto, colérica.

–El banco nos ha dado un plazo de tres meses, así que o nos ponemos las pilas o nos hundimos irremediablemente –asevera Alberto.

–¡¿Tres meses?! –exclamo, horrorizada–. No nos dará tiempo a nada, ni siquiera a ver los primeros beneficios de la colección que presentamos ayer.

–De ahí que mi siguiente propuesta, aunque dolorosa, sea imprescindible...

Me preparo para lo peor.

No es buen momento para volver a las drogas.

Esto lo voy a tener que soportar a palo seco.

Alberto me mira con su aspecto impoluto. Siempre viste con ropa de marca; a veces lo he tanteado, pues, si bien percibe un sueldo generoso, no me salen las cuentas. Hoy, por ejemplo, lleva un pantalón negro de vestir de Prada, una camisa hecha a medida y unos *slip-on* de Versace. Y doy por hecho que su ropa interior será acorde, pues dudo que mi director financiero use calzoncillos de mercadillo. Así, a ojo, mil novecientos o dos mil euros. Y luego habría que sumar otros gastos, porque acude regularmente a un centro de estética, corte de pelo, manicura, pedicura... además del coche que conduce...

–... vender la colección anterior a precio de *outlet* – propone, y me saca del recuento en el que estaba sumida.

–¡¿Perdón?! –grito, espantada–. ¡¿*Outlet*?!

–Es lo mejor, querida –interviene Salvador, entrando en mi despacho.

«El que faltaba», pienso. El CEO de Delizia.

Ahora ya son tres contra una.

Y el problema es que Salvador no solo es el director ejecutivo, sino también mi prometido.

¿Qué fue primero, el huevo o la gallina?

Pues en este caso se podría decir lo mismo para explicar la situación.

Muchas veces he intentado establecer el punto exacto en el que Salvador entró en Delizia y en mi cama. Me sedujo todo de él, su madurez, su experiencia y, obviamente, su aspecto. Y de eso hace ya cinco años, en los que él, con su gestión, ha logrado que la empresa se haya mantenido como una de las primeras del sector, y otro hito importante es que yo haya aceptado casarme con él.

Nunca he sido muy proclive al matrimonio, he conseguido esquivarlo. No me ha sido muy difícil, pues todos mis esfuerzos estaban puestos en la compañía que yo había fundado.

Oh, sí, claro que tuve amantes; sin embargo, ninguno me resultó lo suficientemente entretenido como para ir en serio; o quizá ninguno se esforzó por convencerme de lo contrario. El caso es que conocí a Salvador en un desfile. Él trabajaba como CEO para uno de nuestros proveedores y aquella noche, entre una cosa y otra, acabamos hablando de todo un poco y, ya que el puesto de director ejecutivo de Delizia estaba vacante, se lo ofrecí sin contar con mis asesores de entonces. Aquella misma noche nos cerramos en la *suite* de lujo de un hotel y no salimos en dos días.

Yo tenía un director ejecutivo y un amante que se convirtió en novio y después en prometido. Aunque he de decir que nuestra relación no va sobre ruedas, podría deberse a los nervios de la boda o a la situación financiera de la empresa. Ambos asuntos siguen estrechamente ligados.

—Sé que es una decisión dura —añade Salvador, y hoy ni siquiera se ha acercado a darme un beso, un síntoma

de que nuestra relación no es tan perfecta como antaño... si es que alguna vez lo fue.

Es algo de lo que he evitado hablar con él, pese a que ya son varios los días que ni siquiera nos tocamos. Seguimos durmiendo juntos, sí, pero nada más. Salvador no da muestras de interés y yo, la verdad, tampoco.

Y la situación personal está, por desgracia, mezclándose con la empresarial, pues la tensión en la oficina es palpable. Mi prometido, lejos de apoyarme, se muestra acorde con las opiniones de Alberto, dejándome sola ante el peligro.

–Las ventas han sido bajas –aduce Alberto, y me muestra un gráfico en su iPad–. Las prendas ya están desfásadas y hay muchas compradoras deseosas de hacerse con una de ellas sin pagar su precio original.

–Muchas marcas lo hacen –secunda Ágatha, con su sonrisa que dice a las claras lo mucho que se ha gastado en ortodoncia y también lo bien que la está amortizando.

–Delizia no es una marca de *fast fashion* –protesto–. Esto va a ser nuestra ruina.

–Si no variamos nuestra política empresarial, quebramos sin remedio, Delia –afirma Salvador, usando un tono demasiado condescendiente.

–Ya sé que tu lado creativo, artístico, que nadie pone en duda, a veces choca con el lado real del negocio.

–No me hagas la pelota –le espeto a Alberto.

–Entiendo que es duro de aceptar –añade Salvador.

–No tenéis ni pajolera idea de moda ni de diseño, solo de números, costes, beneficios... He seguido vuestras recomendaciones y ¡¿qué hemos conseguido?! –exclamo, alzando los brazos ante la frustración que me produce esta conversación, la cual, por cierto, se ha repetido varias veces.

–Mantener la empresa a flote –apunta Ágatha, y los otros dos asienten.

A veces creo que es una piruleta con peluca, por lo obediente que se muestra, y otras, un demonio con peluca, por lo cabrona que puede llegar a ser.

–¡No! –estallo–. Lo que hemos conseguido es hundirla aún más. Adquirimos tejidos baratos porque los que yo proponía, esos que siempre habíamos utilizado, eran, según vuestras estimaciones de costes, muy caros. Dejamos de fabricar aquí porque los sueldos eran elevados. También dejamos de tener nuestros propios puntos de venta y solo vendemos a través de franquicias –les recuerdo, aunque se muestran impasibles.

–Hay que tener en cuenta los factores del mercado actual –recalca Alberto.

–¿Como cuáles?

–Los gustos del consumidor cambian, Delia, eso es un hecho.

–Ya lo sé, por eso me disteis la vara con dejar de colaborar con blogs de moda a los que cedíamos prendas a cambio de que nos tuvieran al corriente de las tendencias –les recrimino, porque aquella fue otra de sus «maravillosas» ideas.

–La competencia ha realizado ajustes, como nosotros, y les ha ido bien –murmura Ágatha.

–Pero no ha presentado colecciones confeccionadas con telas de mercadillo, de esas que, tras cuatro lavados, se deforman. Y con diseños aburridos, para más inri –indico, a punto de perder la paciencia.

–Los diseños que tú aprobaste –dice Alberto, y pienso: «¿A cuánto asciende la sanción por soltar un sopapo a un subordinado?».

No merece la pena perder las formas ante sus majaderías y meter a recursos humanos en un aprieto.

–Mi opinión es que deberíamos volver a los orígenes de Delizia.

–¿A qué te refieres? –inquieta Salvador, frunciendo ligeramente el ceño.

Lo miro y me doy cuenta de que, para haber cumplido cuarenta y cinco, se conserva muy bien; sigue siendo guapo y, como acude regularmente a un salón de belleza, sus canas quedan bien disimuladas.

–En vez de producir una colección con tantas prendas, lo que nos impide personalizar cada una de ellas como me gustaría, la idea es crear una colección pequeña... con materiales de primera calidad.

–Los costes nos arruinarían –señala Alberto, sin mirarme, mientras trastea con su iPad.

–No es viable, Delia –se une a él Salvador.

–Pues yo creo que sí. Renegociad los préstamos con el banco y lograd una ampliación. A pesar de que me parece un horror, sí, aceptaré vender en *outlets* la colección anterior e intentaremos que la última, aunque tiene unas críticas demoledoras, funcione.

–¿Y qué propones hacer para que funcione? –pregunta Ágatha con su tono modulado, pero yo sé lo mucho que disfrutaría siendo impertinente. Supongo que en la primera lección de su máster le enseñaron a morderse la lengua.

–Tú eres la experta en comunicación, en redes sociales. Haz tu trabajo –le espeto.

–La campaña publicitaria ya se ha aprobado –puntualiza la piruleta/demonio–. No podemos invertir más en anuncios.

–¡Fuera de aquí!

Alberto y Ágatha, al percibir mi mal humor, se retiran con discreción, como dos cobardes, dejándome a solas con Salvador, quien no muestra ningún síntoma amigable.

–Delia, te estás equivocando –me suelta en voz baja–. Entiendo tu postura, sé lo mucho que has luchado por esta firma y cómo la creaste de la nada; sin embargo, ahora debemos ser prácticos, no dejarnos llevar por la parte emocional. Y, reconócelo, querida, parte del fracaso de las últimas colecciones...

Va a decirlo y me duele como ninguna otra cosa.

–Adelante –lo apremio.

–Ya sé que es duro aceptarlo; no obstante, tu creatividad no pasa por sus mejores momentos.

Es igual que una puñalada trapera.

Si al menos dejara de lado, durante unos míseros minutos, su actitud de CEO y me abrazara, quizá sería más llevadero.

A pesar de ello, sé que tiene razón. La presión por crear varias colecciones y producir una gran cantidad de prendas hace que no pueda dedicar todo el tiempo que me gustaría a cada diseño, sin olvidar que mi inspiración y mis musas están en horas bajas.

–Y por eso hemos considerado la opción de contratar diseñadores en plantilla, becarios principalmente, que se encarguen de las colecciones, reservándote a ti la posibilidad de retocarlos para ajustar el precio al mercado cada vez más competitivo; o, como has planteado, crear una edición especial, de pocas prendas.

–Lo tenéis todo pensado, ¿me equivoco?

–Me temo que es la única opción, Delia –alega, y no sé si su tono es de resignación o de pena; en ambos casos, me repatea.

–Tengo que reflexionarlo –murmuro, aunque no estoy dispuesta a aceptar semejante acuerdo, pues convertiría la firma que yo levanté en una mera marca de ropa, sin personalidad alguna.

–No hay mucho tiempo, querida. Pero es lógico, puedes aprovechar nuestro próximo viaje para meditarlo.

–Ni hablar –lo contradigo—. Mi idea de hacer un cruceo juntos es desconectar, disfrutar tú y yo, no acabar discutiendo por nuestra disparidad de criterios.

Salvador pone mala cara.

Espero que cambie de actitud, pues en la maleta no solo llevo ropa, zapatos y cosméticos. Me he gastado una fortuna en algunas prendas «especiales».

–De acuerdo –acepta, aunque algo me dice que me está mintiendo.

Capítulo 2

—¿Puede confirmarlo de nuevo? —le pregunto al sobrecargo conteniendo mi irritación, ya que el crucero está a punto de zarpar y no tengo ni idea de dónde está Salvador.

El tipo me mira y disimula su enojo; tiene que comprobar el pasaje y yo lo estoy entreteniéndolo.

—Como le he dicho, señora, el tal Salvador San Millán no se ha registrado. Y ahora, si me permite...

No me queda más remedio que dejar libre el mostrador. Me quedo junto al acceso principal. Mis maletas ya las han llevado a la *suite* que tenemos reservada en el *Harmony of the seas*, un crucero de lujo.

Llevábamos meses deseando hacer un viaje así, una especie de ensayo de nuestra luna de miel y porque lo necesitamos. Los problemas de la empresa pueden esperar diez días, digo yo.

Reviso el móvil; nada, ni un mensaje de mi prometido, y estamos a punto de abandonar el puerto. Lo llamo; algo grave ha tenido que ocurrir para que no haya aparecido todavía.

Lo más lógico hubiera sido venir juntos, pero esta mañana me ha comentado que quería hacer un recado y me ha pedido que me fuera adelantando. Motivos para desconfiar no he notado, así que me he subido a un taxi con las cuatro maletas.

Noto que el barco se mueve.

Ya es demasiado tarde.